

# Hurbinek: la palabra inaudible o el decir después de Auschwitz

*“Cuando la Silenciosa llegue y decapite los tulipanes:  
¿Quién ganará?  
¿Quién perderá?  
¿Quién se asomará a la ventana?  
¿Quién pronunciará su nombre primero?”*

Paul Celan

Ricardo Forster

## I

La palabra vaciada que encuentra su imposible decir en la mirada; esos ojos bien abiertos, oscuros y abismales, ojos de una intensidad laberíntica que se vuelven sobre el mundo para suspender toda inocencia. “Hurbinek no era nadie”, así comienza Primo Levi su conmovedor relato de ese “pequeño despojo” de no más de tres años que representaba a través de su mirada exiliada de la vida todo el horror de lo innombrable, el compendio de un daño humanamente inadmisiblemente, intolerable precisamente por la bestialidad de su presencia entre nosotros. A Hurbinek -cuyo nombre ni siquiera le pertenecía pues se lo habían puesto los propios prisioneros- le “faltaba la palabra”, esa palabra que la “urgencia explosiva” de la mirada parecía reclamar, una palabra cargada, si hubiera podido ser pronunciada, de preguntas que, sin embargo, podíamos encontrar en esos ojos que “asaeteaban atrozmente a los vivos”, con el deseo “de desencadenarse, de romper la tumba de su mutismo”. La absoluta presencia del mal vuelve imposible la articulación de la palabra; la voz se convierte en eco de una

nada oscura, más negra que la noche, y sólo la mirada nos recuerda la humanidad de ese pequeño despojo que se prepara, en el final del horror concentracionario, a regresar al mundo de los muertos del que había venido para posar, por última vez, sus ojos inmemoriales en sus camaradas de infortunio, los sobrevivientes, como testimonio decisivo, puro en su decir callando, de lo que la escritura apenas alcanza a rozar. “La palabra que le faltaba y que nadie se había preocupado de enseñarle, la necesidad de la palabra, apremiaba desde su mirada con una urgencia explosiva: era una mirada salvaje y humana a la vez, una mirada madura que nos juzgaba y que ninguno de nosotros se atrevía a afrontar, de tan cargada como estaba de fuerza y de dolor”. Primo Levi, un sobreviviente de Auschwitz, testigo pudoroso del horror y la abyección, un hombre que siguió siendo un hombre en medio del olvido más absoluto de toda humanidad, un artesano de la memoria en medio de una abulia devastadora, nos habla de una mirada a la que no se atrevía a afrontar. ¿Podemos nosotros, los que hemos convertido a la palabra en charla insustancial y a la mirada en impudicia, sostener aquella otra mirada de Hurbinek, inocente entre los inocentes? ¿Es posible, acaso, poner nombres allí donde imperó lo indecible? Preguntas que interrogan la esencia de lo que intentamos escribir cuando nos colocamos más allá de todo testimonio, conscientes de que la voz del testigo se volvió, de algún modo, impronunciable.

Hurbinek, relata Primo Levi, intentaba hablar, tenues sonidos parecían salir de su garganta; Henek, un muchacho húngaro robusto y florido que con sus quince años había logrado sobrevivir al infierno, era el único que no solamente se atrevía a sostener la mirada del niño sino que lo atendía y con infinita paciencia intentaba enseñarle algunas palabras. “Henek, tranquilo y testarudo, se sentaba junto a la pequeña esfinge, inmune al triste poder que emanaba; le llevaba de comer, le arreglaba las mantas, lo limpiaba con hábiles manos que no sentían repugnancia; y le hablaba, naturalmente en húngaro, con voz lenta y paciente”. Transferirle el don de la palabra se había convertido para Henek en un deber ineludible, un modo de restituirle su humanidad a aquella “pequeña esfinge” destinada a la muerte. Prepararlo para bien morir, aunque Henek en su simplicidad adolescente

no lo supiera, era un modo de restituirle su alma humana al niño silencioso, era su manera de responder a la salvaje pregunta que emanaba de esos ojos oscuros y profundos. Articular con palabras lo humano allí donde su vaciamiento había sido la regla omnipresente. “Una semana más tarde, Henek anunció con seriedad, pero sin sombra de presunción, que Hurbinek, ‘había dicho una palabra’. ¿Qué palabra? No lo sabía, una palabra difícil, que no era húngara”; palabra cuya pronunciación indescifrable anunciaba, sin embargo, que la humanidad del niño intentaba sobreponerse al anonimato de la barbarie. Aprendizaje lento, difícil, ensayos de una articulación que no se alcanza a comprender. Esfuerzo denodado de los sobrevivientes por darle sentido al sonido creyendo, quizás, que en su desocultamiento radica el triunfo de la vida sobre la muerte. “Hurbinek, que tenía tres años y probablemente había nacido en Auschwitz, y nunca había visto un árbol; Hurbinek, que había luchado como un hombre, hasta el último suspiro, por conquistar su entrada en el mundo de los hombres, del cual un poder bestial lo había exiliado; Hurbinek, el sin nombre, cuyo minúsculo antebrazo había sido firmado con el tatuaje de Auschwitz; Hurbinek murió en los primeros días de marzo de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías”.

“Libre pero no redimido”, en la muerte de ese cuerpo tatuado por la maldad de los hombres descubrimos la presencia de un dolor cuya sublimación se vuelve literalmente una monstruosidad. Y sin embargo no hemos hecho otra cosa que sublimar permanentemente imposibilitados de enfrentarnos a esos ojos penetrantes que, desde el fondo de la barbarie, nos hablan y con su elocuencia nos dejan, a nosotros, mudos. Por eso, tal vez, la cautela expresiva de Primo Levi; él sabe que el testimonio es frágil y que nuestra civilización agudiza esa fragilidad allí donde desfonda a la memoria sublimando su persistencia. Pero también intuye que esa palabra truncada de Hurbinek vuelve sobre nuestro lenguaje para mostrarnos la pérdida de sentido, la vacuidad insoportable de un habla contaminada por la degradación y el olvido. Comprender a Hurbinek, sospechamos, significaba ganarle no sólo una partida a la muerte recuperando el nombre de esa pequeña vida, devolviéndole su condición humana, sino que también

implicaba salvar al lenguaje de su irremediable caída en el mal. Escuchar y comprender suponía una batalla que, y eso no puede dejar de señalarlo Primo Levi, estaba perdida de antemano. Hurbinek muere sin que sus compañeros alcancen a descifrar el sentido de su palabra, muere despojado del nombre y de la inteligibilidad, nada de él alcanzó a pronunciarse a través del lenguaje, por eso apenas si se convierte en recuerdo del que testimonia. Es esa imposibilidad, esa fractura que no suelda, la que le confiere a la escritura de Primo Levi su intensidad y su fragilidad. En ese fracaso humano que no puede redimir a quien muere sin nombre, el escritor descubre la tragedia del lenguaje después de haber atravesado la barbarie concentracionaria. “Entonces -escribe en otro lugar Primo Levi- por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo. Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre: y si queremos conservarlo deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca.” Quizás el pequeño Hurbinek intentó, próximo a la muerte, pronunciar el nombre que lo redimiera, quizás esa fue también la intención de Henek -el tozudo maestro- y la de Primo Levi -el escriba de la memoria-, devolverle la palabra no sólo para salvarlo a él sino para salvar la esencia del habla humana.

## II

“Un hijo de la muerte, un hijo de Auschwitz”, eso era Hurbinek. Un cuerpo-despojo, marcado para siempre por la maquinaria concentracionaria. No deja de sorprender la presencia, en el relato del sobreviviente, de ese cuerpo martirizado que sólo parece guardar un resto de humanidad en la urgencia interrogativa de la mirada. Al detenerse en ella, después de narrarnos crudamente la increíble persistencia en vivir de

ese cuerpo semiparalítico y que “tenía las piernas atrofiadas, delgadas como hilos”, Primo Levi *salva* a través de la memoria lo humano en lo inhumano y nos muestra, en ese breve trazo de su pluma que parece pedirle disculpas y permiso al niño por hablar de él, la ausencia, en Auschwitz, de Dios. Una ausencia que la profundidad oscura de los ojos de Hurbinek no hace más que resaltar. ¿Dónde estuvo Dios mientras sufría el inocente? ¿Qué queda de la humanidad de los hombres ante la mirada de ese cuerpo-niño al que se le ha escamoteado la redención? Podríamos suponer, con cierto alivio de nuestra conciencia, que en el rescate testimonial de Primo Levi la angustia infinita de esa mirada encuentra una existencia que antes no había tenido; como si en las líneas dolorosas y atormentadas del escritor-sobreviviente la inexistencia concentracionaria de Hurbinek mutara en presencia milagrosa, ganando un ser del que antes, en su vida no vivida, no alcanzó a poseer. La escritura se detiene ante los ojos del niño y por un instante parece enmudecer agobiada por la imposibilidad de expresar ese silencio que habla; y, con el esfuerzo del que titubea pero sigue adelante, Primo Levi deja que la mirada de Hurbinek nos diga su palabra trunca. Con pudor describe aquello que la memoria se afana en olvidar. Que Dios ha olvidado. “Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías”.

Mientras leía la breve semblanza de Hurbinek me vino a la memoria un poema de Paul Celan -“Elogio de la lejanía”- en el que los ojos se convierten en el centro. Transcribo parte de él porque creo encontrar allí una aproximación, del sobreviviente-poeta, al misterio de la mirada del niño.

*“En la fuente de tus ojos  
viven las redes de los pescadores del  
mar laberíntico.*

*En la fuente de tus ojos  
mantiene el mar su promesa. (...)*

*En la fuente de tus ojos  
estrangula un ahorcado la soga.”*

Como si todo estuviera allí: la inconmensurable promesa y su estrangulamiento; la muerte como destino y el hechizo poético del ahorcado que la vence. Los ojos de Hurbinek se asemejan a ese “mar laberíntico” en el que arrojan sus redes los pescadores. ¿Qué hemos logrado sacar de su fondo? Tal vez todo el esfuerzo de Primo Levi, todo el dolor de su escritura al devolvernos el recuerdo de lo atroz, no sea otra cosa que un intento de “mantener la promesa” en medio de su más absoluta negación. ¿Hay “promesa” después de Auschwitz? Acaso ésta sea la pregunta que persiste por detrás de la frase de Adorno sobre la imposibilidad de escribir poesía después de que los hombres fueron capaces de cebarse con el cuerpo-niño de Hurbinek. ¿Ha quedado estrangulada la promesa allí donde la palabra enmudeció? ¿Hemos logrado sustraernos a la maldición de lo no pronunciado? En otro poema de Celan creo encontrar esa frontera que ni siquiera Dios se atrevió a franquear, una frontera que guardaba el territorio del mal y de la muerte y que, en los campos de exterminio, algunos hombres no dudaron en traspasar comprometiendo, de ese modo, a Dios y a su criatura. “Tenebrae” es ese poema en el que los muertos le dicen al Señor que él ha derramado su sangre. Ya no queda comarca que no haya sido alcanzada por el veneno del mal, y tampoco queda palabra que pueda pronunciarse desde la inocencia. Hurbinek, el niño de los ojos profundos y del cuerpo paralizado, se convierte en testimonio que vuelve imposible la inocencia, nuestra inocencia, la de todos aquellos que vinimos después y que, sin embargo, permanecemos, aunque lo neguemos, interpelados por la mirada interrogativa de aquel que en su mudez no alcanzó a ser hombre; apenas el hueco de un habla enmudecida por el horror. Pero es también testimonio que nos recuerda lo posible de lo inimaginable, la presencia de un relato que nos regresa a la barbarie que se esconde en el seno de la civilización, de nuestra civilización que ha sabido construir los campos de la muerte con la complicidad de amigos y de enemigos; que pudo movilizar los poderes de la inteligencia humana para despojar al hombre de su humanidad y que nos mostró que no hay límites para la maldad allí donde la sociedad se deja decir por el poder. Hurbinek es el límite de toda promesa, su cuerpo-martirizado no representa, como hace dos mil años, el

sufrimiento salvífico del crucificado, de aquel que vino a padecer en nombre de todos los seres humanos. En el cuerpo-despojo de Hurbinek lo que se ha ausentado es el hombre, pero no se ha ausentado sólo por el dolor inconmensurable, por la brutalización de la máquina concentracionaria que destruye los cuerpos, su ausencia más radical es la de la muerte sin nombre, la de ese sonido inarticulado que ya no puede ser descifrado por sus compañeros. Primo Levi y Paul Celan tienen plena conciencia de lo que significa no haber podido comprender la palabra pronunciada; saben que de esa imposibilidad nace una clausura que pende sobre el destino de cualquier promesa y de su correlativa esperanza. La palabra inaudible del niño de tres años también nos está señalando la ausencia de Dios al impedirle a sus únicos camaradas la comprensión de esa pronunciación cercenada; pero acaso en el relato de Primo Levi la figura de Henek, de aquel que insiste una y otra vez, del que no pierde la esperanza de entender lo que sale del fondo de esa garganta enmudecida, signifique cierta reparación, un hilo tenue hacia un último fragmento de bondad que nace de quien tiene la paciencia de escuchar con atención. Porque tal vez se trate de una metáfora del no escuchar y Hurbinek no represente otra cosa que el triunfo, apenas desafiado por Henek, de la ausencia del nombre, es decir, de lo que en el hombre se resiste a la barbarie. Quizás esa palabra intraducible anticipe el destino del habla en la civilización de la técnica y la mercancía, nos hable, con una profundidad insospechada, de nosotros mismos, de nuestra falta de nombre en medio de la sociedad del consumo y de la objetualización de los cuerpos. Quizás el denodado esfuerzo de Henek por enseñarle al niño a hablar no tenía como destino al propio Hurbinek sino a los hombres que creyendo hablar han enmudecido en tanto que seres humanos para ser hablados por y desde el poder. De ahí que lo primero en quitárseles a los prisioneros al llegar a los campos hayan sido sus nombres. Sin ellos poco o casi nada queda de un hombre.

Sin nombre y sin habla, esa ha sido la esencia maldita de los campos de exterminio; no una simple máquina para asesinar seres humanos; algo más atroz se oculta detrás de ese engranaje infernal. Se trata literalmente del *fin de lo humano*, de su borramiento, de la nada de existencia de aquellos

cuerpos primero marcados, luego martirizados y finalmente convertidos en humo que sale por las chimeneas para perderse en un cielo que nada sabe de redención. Un no destino, la brutal expropiación de lo más propio e íntimo del hombre: su muerte. Porque, y esa era la lógica de los campos nazis, donde no quedan seres humanos tampoco hay muerte, sólo cifras anónimas cuya inmediatez ha sido completamente borrada. Y donde no hay muertos tampoco hay asesinos, apenas funcionarios encargados de cumplir una tarea asignada, de llevar con prolijidad las cuentas como si la multiplicación del número alejara más y más de los cuerpos reales. Fin de la ética allí donde imperan la técnica y los números; fin de la ética allí donde no hay seres humanos pasibles de ser martirizados y asesinados; fin de la ética allí donde tampoco hay nombre. La maquinaria de la muerte nazi se construyó a partir de esta terrible y transparente certeza: quitarles el nombre a los prisioneros haría posible que sus asesinos se vieran a sí mismos como operarios de una fábrica, es decir, como funcionarios y obreros que cumplen satisfactoriamente su labor.

Primo Levi a través de su relato y Henek tratando de enseñarle a Hurbinek a hablar, aunque sea a pronunciar una sola palabra, intentan, cada uno, *salvarlo* de esa no muerte, devolverle su nombre y su rostro allí donde la maquinaria concentracionaria se los había expropiado. ¿Fracaso? Tal vez, o quizás en su fracaso radique la posibilidad última de la redención. Hurbinek tiene y no tiene un nombre, su corta vida no ha sido saldada y permanece, desde la lejanía, pronunciando esa palabra trunca que, al no poder ser comprendida por sus camaradas de sufrimiento, se vuelve eco de lo monstruoso, deuda que nadie, ayer ni hoy, ha podido ni podrá pagar. “Pues murieron los ángeles y el Señor quedó ciego en la región/ de Akra,/ y nadie de los que aquí marcharon al descanso en sueños me/ socorre./ Duramente maltratada fue la luna, la florecilla de la región/ de Akra./ (...) Así digo su nombre todavía y todavía siento el incendio en las/ mejillas.” (Paul Celan, “Una canción en el desierto”).

### III

“Mientras no nos expulsen de nuestros vocablos, nada tendremos que temer; mientras nuestras palabras conserven sus sonidos, tendremos una voz; mientras nuestras palabras conserven su sentido, tendremos un alma”. Edmond Jabès nos habla de la memoria que siempre es deudora de las palabras y de su infinita capacidad para hacernos regresar a nuestras fuentes; pero también nos habla del peligro que se cierne sobre la memoria cuando las palabras enmudecen y el vacío del alma nos deja congelados, sin recuerdos de los que asimos. La experiencia concentracionaria ha representado el exilio absoluto del ser humano; en ella somos expulsados de “nuestros vocablos” hasta más allá de todo límite. En este sentido, el campo de exterminio no se asemeja a ningún exilio que hayan padecido los hombres, o, tal vez, sea la expresión concentrada y depurada de lo peor de cada exilio acumulado a lo largo de la historia. Toda diáspora significa una pérdida, el caminar por el desierto, la errancia, pero a diferencia de la existencia concentracionaria, quien parte al exilio lleva su lengua y la trama de sus recuerdos, es portador de una identidad, guarda algo de lo que poseyó en las alforjas con las que parte hacia la otra tierra; en cambio quien entra a un campo de concentración es despojado de todas sus pertenencias, expulsado de su nombre y de su antigua identidad; el campo se vuelve el lugar infame del exilio de sí mismo. Primo Levi vuelve a encontrar las palabras justas, únicas, para describir lo que significa ir dejando de ser un hombre en el interior de un campo de concentración: “Esto es el infierno. Hoy, en nuestro tiempo, el infierno debe ser así, una sala grande y vacía y nosotros cansados teniendo que estar de pie, y hay un grifo que gotea y el agua no se puede beber, y esperamos algo realmente terrible y no sucede nada y sigue sin suceder nada. ¿Cómo vamos a pensar? No se puede pensar ya, es como estar ya muertos. Algunos se sientan en el suelo. El tiempo transcurre gota a gota”. Dejar de pensar, estar como muertos, sentir que ya no se siente y que el tiempo se va deslizando con una lentitud atormentadora. En los campos se va diluyendo la memoria del cuerpo junto a la del alma; las cabezas rapadas,

los uniformes iguales cumplen una función correlativa a la expropiación del nombre propio y al tatuaje en la muñeca del número que hace del antiguo hombre un objeto en manos de sus carceleros, un cuerpo sin habla propia.

Hurbinek, de tan sólo tres años, es una criatura nacida de las entrañas del campo, su figura deforme, su inexpressividad, representan lo que significó haber llegado al mundo en Auschwitz. Pero, y esto es de suma importancia, muchos prisioneros intentaron distintos modos de resistir a este proceso de vaciamiento: hacer bien un trabajo, guardar en los pliegues más recónditos de la memoria un viejo poema aprendido en la infancia, enseñar a otro prisionero lo que uno sabía antes de entrar en el campo, ejercer pequeños gestos de solidaridad, aprovechar cada momento de relajamiento de los controles para sentir un fragmento de libertad (Jorge Semprún nos cuenta que las letrinas, el lugar más inmundo de los Léger, eran los únicos sitios en los que no entraban los carceleros y allí se podía hablar sin temor, realizar reuniones políticas, pasarse información valiosa o simplemente aprovechar esos instantes para permanecer en soledad sin la amenaza de un golpe). Henek, el adolescente húngaro, que se dedica con infinita paciencia a quebrar el ominoso silencio de Hurbinek demuestra la permanencia de lo humano en el interior de la máquina concentracionaria. Su tozuda insistencia no busca solamente salvar al niño de una muerte sin palabra, su propia humanidad también está en juego y depende, en gran medida, de Hurbinek. *Darle la palabra* significa devolverle su propia e intransferible muerte y, también, como si fuera un movimiento especular, *redescubrirse* en ese nombre pronunciado e indescifrable.

Primo Levi se detiene en Henek y nos ofrece en un par de apretadas páginas retazos de su biografía; de una vida que encierra, como en una parábola, la extraña y desconcertante experiencia de lo humano. Henek había nacido y pasó sus años anteriores al encarcelamiento en una fábrica, en Transilvania, rodeado de bosques y a un paso de la frontera rumana. Sin ningún pudor relataba que solían ir, con su padre, armados al bosque no sólo para cazar, cosa que de vez en cuando hacían, sino también para dispararle a los rumanos. ¿Y por qué les disparaban a los rumanos? le preguntó Primo Levi. “Porque son rumanos” le explicó con “una sencillez

pasmosa” Henek. Luego fue detenido y deportado a Auschwitz con toda su familia que fue exterminada en seguida. Henek se quedó solo y, desde el primer momento, utilizó su ingenio para sobrevivir. Les insistió a los SS que tenía dieciocho años y que era albañil, cuando apenas si tenía catorce y era estudiante, logrando de este modo que lo enviaran a Birkenau. Allí, al contrario de lo que había declarado en un comienzo, prefirió decir su verdadera edad para ser asignado al Block de los niños, en el que era el mayor y el más fuerte, lo que le había permitido convertirse en *Kapo*. “Los niños, en Birkenau -relata Primo Levi- eran aves de paso: después de unos días se los transfería al Block de los experimentos, o directamente a la cámara de gas. Henek había comprendido la situación rápidamente, y como buen *Kapo* se había ‘organizado’, había establecido una sólida relación con un influyente *Häftling* húngaro, y había sobrevivido hasta la liberación. Cuando se hacían las selecciones en el Block de los niños quien elegía era él. ¿No sentía remordimientos? No: ¿Por qué? ¿Es que había otra manera de sobrevivir?”. En el relato de Primo Levi no se juzga, en verdad en todos sus libros jamás encontraremos una actitud juzgadora, solo un intenso, y a veces desesperado, intento de comprensión. Y a Henek, el *Kapo* que no ha dudado en seleccionar a los niños que serían enviados a la cámara de gas y que no sufre de remordimientos por ello; el adolescente que acompañaba a su padre para dispararles a sus vecinos rumanos; el que recoge los alimentos abandonados por los alemanes al huir apresuradamente del Lager y que no los comparte con nadie; a ese Henek no lo juzga Primo Levi. Pero tampoco lo hace con ese otro Henek que cuida y ayuda a Hurbinek. Simplemente lo humano, lo extraordinario y lo dolorosamente humano, está allí. En *Si esto es un hombre*, el primero de esos libros perfectos que escribió, Primo Levi se detiene para intentar una respuesta satisfactoria ante la existencia, en los campos, de hombres moralmente intachables, de hombres que habían logrado sortear la deshumanización y la bajeza que eran propias de la vida concentracionaria; su preocupación no está dirigida a *salvar* en nombre de esos pocos al conjunto de los seres humanos, sino en mostrar su excepcionalidad. Leamos sus palabras: “El sobrevivir sin haber renunciado a nada del mundo moral propio, a no ser debido a poderosas y

directas intervenciones de la fortuna, no ha sido concedido más que a poquísimos individuos superiores, de la madera de los mártires y de los santos”. Y un mundo moral no se puede construir a partir de esos “individuos superiores”, ni es posible tampoco juzgar desde los parámetros de la santidad. La mayoría abrumadora de los seres humanos se parecen y se comportan como Henek. El demoníaco saber de los nazis partió de esa certeza, de la cruda percepción de lo humano cuando es sometido a la prueba de su radical envilecimiento. Los campos de concentración han sido laboratorios en los cuales el mal ha mostrado sus mil rostros, desde lo monstruosamente sádico hasta lo burocrático y cotidiano; pero también han sido esos sitios del infierno en el que lo humano, más allá de sus tensiones y terribles dualidades, persistió buscando, como Hurbinek, una palabra que le devolviese su alma en el umbral de la muerte.

Entre Hurbinek y Henek; entre el imposible testimonio del testigo, de quien no encuentra palabras para describir lo indescriptible, y la escritura atormentada, profunda y sin embargo esclarecedora de Primo Levi. El *entre* encierra lo decible y lo indecible de la experiencia concentracionaria o, tal vez, debiera borrar la palabra “experiencia” porque allí literalmente quedó clausurada toda experiencia para simplemente desplegarse lo inhumano en lo humano. Quizás por eso en la escritura de Primo Levi encontramos permanentes aclaraciones, dudas respecto a cómo narrar lo inenarrable, un pudor infinito para proteger la memoria y la intimidad de las víctimas, un alejamiento consciente de cualquier forma de morbosidad, un rechazo a la moralización y al juzgamiento. Acaso todo el enorme esfuerzo del que trabaja con el lenguaje, de quien también, al dar su testimonio, está haciendo literatura, esté indisolublemente unido a esa palabra indescifrada, inconclusa, cerrada por la muerte, que Hurbinek alcanzó a pronunciar en la noche de Auschwitz.

Nota: la historia de Hurbinek se encuentra casi al comienzo de *La tregua* y también cito *Si esto es un hombre* y *los Hundidos y los Salvados*, todos escritos por Primo Levi y publicados en su versión castellana por editorial Muchnik.



Zoran Music, Dachau 1945